

AMOR DE HERMANOS

EL NACIMIENTO DEL AMOR FRATERNAL EN LA IGLESIA PRIMITIVA

Convertirse en hijo de Dios por la fe en Jesucristo es nacer en la familia de Dios y aprender a vivir la fe junto a los hermanos.

Esto no es fácil a primera vista, pero no es imposible con la ayuda del Señor.

La práctica del amor fraternal es el motor de una iglesia feliz, que irradia paz y alegría.

Fue en este ambiente que la iglesia comenzó.

El día de Pentecostés, en Jerusalén, el Espíritu Santo descendió sobre 120 discípulos de Jesucristo que se habían reunido en una gran sala, el aposento alto, donde todos habían estado orando de común acuerdo. El ruido atrajo a una gran multitud a la que Pedro anunció que Cristo, el Mesías, había muerto y resucitado para el perdón de los pecados. Unas 3.000 personas aceptan el mensaje y se convierten. Una de las marcas de este cambio es su perseverancia en... FELIPE.

¡Qué extraordinaria agitación! Estos miles de judíos, muchos de los cuales se alojan en Jerusalén, procedentes de muchas naciones, ponen todas sus posesiones en común. La revolución espiritual es tal que se reúnen en el templo todos los días para alabar a Dios. Forman una gran comunidad, se reúnen en un lugar y van de casa en casa llevando su comida con alegría y sencillez de corazón. Los apóstoles realizan muchos milagros y maravillas. Cada día, nuevas almas son salvadas y añadidas a la Iglesia por Jesús. (Hechos 2:37-47)

La iglesia nace y crece. Todo es maravilloso a pesar de la oposición de los líderes religiosos. La multitud de los que han creído son un solo corazón y una sola alma. No hay ningún necesitado entre ellos (Hechos 4:32-35).

El amor fraternal es perfecto.

Entonces se produce un incidente: en la iglesia circulan murmuraciones sobre el descuido de las viudas en la distribución diaria de alimentos por parte de los apóstoles. Siete hombres, llenos de Espíritu Santo y sabiduría, son designados para sustituir a los apóstoles, y la calma vuelve a la iglesia. (Hechos 6:1-6) Cuando el amor fraternal es una realidad en la comunidad, hay victoria sobre los fallos humanos.

Persevera en el AMOR HERMANO.
(Hebreos 13:1)

EL VERDADERO VALOR DE LA PALABRA "AMOR"

Se ha abusado tanto de la palabra "amor" que ha perdido su belleza y pureza. Rehabilitarlo en su verdadero significado es una necesidad en el contexto bíblico.

El estudio de los textos de la Sagrada Escritura que subrayan su origen divino es indispensable para comprender mejor lo que Cristo espera de sus discípulos cuando dice

"Os doy un nuevo mandamiento: AMAROS LOS UNOS A LOS OTROS. (Juan 13:34)

El verbo "amar" se utiliza en nuestra lengua francesa para todo. Decimos, por ejemplo, "quiero a mi hijo y quiero a mi gato"...

En inglés hay dos verbos diferentes: "love" y "like". Una es sobre las personas: "Quiero a mi madre". La otra se refiere a las cosas: "Me gusta la mermelada".

En griego, la lengua utilizada para escribir el Nuevo Testamento, hay cuatro palabras que pueden traducirse como "amor":

Erôs: amor apasionado, deseo de los sentidos.

Storgê: amor familiar, ternura natural basada en los lazos de sangre.

Philos: amistad, tener bondad por alguien, objeto de afecto sentimental.

Ágape: amor en el sentido más noble y fuerte, utilizado con mayor frecuencia para expresar el amor divino, la virtud de hacer o desear el bien de los demás. La palabra se traduce a veces como "caridad" en algunas versiones de la Biblia.

Debido a la posible confusión entre "caridad" y "limosna", en este folleto bíblico hablaremos principalmente del "AMOR HERMANO" según la Biblia.

LA FUENTE DEL AMOR FRATERNAL

El amor fraterno tiene su fuente en Dios, como nos enseña el apóstol Juan en su primera epístola:

"Amados, amémonos unos a otros, porque el AMOR ES DE DIOS".

y luego añade: "...y hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene. DIOS ES AMOR". (1 Juan 4: versículos 7 y 16)

Para salvarnos de nuestro estado de perdición, Dios ha manifestado su amor.

"Este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo unigénito como expiación por nuestros pecados. (1 Juan 4:10)

Al principio del libro del Génesis, está escrito que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza (Génesis 1:27). Dios es amor, y esta imagen fue destruida en cuanto existió la primera familia humana.

Una simple frase relata este drama desde las primeras páginas de la Biblia:

"Caín cayó sobre su hermano Abel y lo mató". (Génesis 4:8)

Desde entonces, ¡cuánta sangre se ha derramado, cuántas batallas, guerras, maldades! A pesar de esta imagen del amor de Dios desgarrado por el hombre, está escrito en el evangelio de Juan (3:16)

"Tanto amó Dios al mundo que dio a SU Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

Mediante el sacrificio de Jesucristo en la cruz, el hombre puede recuperar la imagen del Dios del amor. Por eso, el apóstol Juan nos exhorta a practicar el amor fraternal entre nosotros:

"Amados, SI DIOS NOS HA AMADO ASÍ, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros; Dios habita en nosotros". (1 Juan 4:11-12)

Este deber de amar no puede ser cumplido por el hombre solo, con sus propias fuerzas. Esto significa que es imposible sin la fe en Jesucristo, como nos lo expresa el apóstol Pablo con estas palabras:

"Que Cristo habite en vuestros corazones por la FE; para que, arraigados y cimentados en el AMOR, conozcáis el AMOR DE CRISTO, que supera todo conocimiento". (Efesios 3:17-19)

Camina en el amor fraternal a ejemplo de Cristo que nos amó (Efesios 5:2).

FE Y AMOR FRATERNAL

La fe y el amor fraternal son inseparables. Son los dos pilares de la iglesia de Jesucristo. Uno no puede separarse del otro.

"Os mostraré la fe por mis obras", dice el apóstol Santiago en su epístola (2:18).

La fe está muerta en sí misma, señala, si no se traduce en obras; y estas obras, añade, consisten en cumplir "la ley real: amarás a tu prójimo como a ti mismo". (Santiago 2:8)

La fe viva es la palanca del amor fraternal, según Gálatas 5:6.

Puede significar ayudar a hermanos y hermanas que carecen de ropa, comida, calefacción, las necesidades de la vida. (Santiago 2:14-16) Estos actos de ayuda mutua, de ayudar y compartir con los pobres son sólo una faceta del amor fraternal.

En efecto, ¿en qué consistiría el amor fraterno hacia los más pobres, que no tienen nada que dar al prójimo?

El amor al otro no es sólo el amor del rico al pobre, sino también el amor del pobre al rico.

Las obras de la fe se manifiestan en la práctica del amor fraterno, que se expresa no sólo en la ayuda humanitaria, de la que hay una larga lista: hogares para ancianos, internados para niños pobres, centros para personas sin hogar, ayuda a las víctimas de terremotos e inundaciones en países del Tercer Mundo, comedores sociales, etc.

Estas obras sociales no son todas el resultado de la fe en Dios, aunque son muy loables. Son sólo una faceta del amor al prójimo. La dimensión del amor fraternal va más allá de los actos de generosidad.

He aquí un ejemplo: al principio de la Segunda Guerra Mundial, mi padre estaba a cargo del puente de Venecia en Reims, un puente giratorio sobre el canal. Cerca de allí, dos trabajadores manejaban una bomba que suministraba aire al buzo, apodado Nénès, que estaba reparando una brecha en el fondo del canal. De repente, sonó una alarma. Los bombarderos se acercaban a la ciudad. Inmediatamente, llevados por el pánico, los trabajadores abandonaron la bomba para ponerse a cubierto, dejando a Nénès en el fondo del agua... Afortunadamente, mi padre vio la escena. Se dio cuenta de que Nenes iba a morir de asfixia por falta de aire. Corrió hacia la bomba, arriesgando su propia vida. Las bombas empezaban a estallar y, a pesar del peligro, se puso a accionar la bomba con todas sus fuerzas, repitiendo con fe este texto del Salmo 91: "Caigan mil a tu lado y diez mil a tu derecha; no te harán daño". Con su valor y su amor, salvó a Nenes de una muerte segura.

El amor fraternal no es el medio de salvación, pero es la prueba, la evidencia.

Es por medio de la fe que nos salvamos. La salvación es un don de Dios (Efesios 2:8). La fe nos permite recibir este don del perdón, de la vida nueva y eterna en Jesucristo.

"A todos los que han recibido a Jesús, el Verbo hecho carne, a los que CREEN en su nombre, les ha dado poder para ser hijos de Dios". (Juan 1:12)

No somos salvados POR las obras sino POR hacer buenas obras... (Efesios 2:10), cuyo hilo conductor es el amor fraternal.

Este es el mandamiento de Dios: que CREAMOS en el nombre de su Hijo Jesucristo, Y NOS AMAMOS. (1 Juan 3:23)

Estas tres cosas permanecen, FE, ESPERANZA, AMOR, pero la mayor de ellas es el AMOR.

(1 Corintios 13:13)

EL AMOR FRATERNAL EN LA IGLESIA

El ser humano tiene una necesidad innata de amor, desde la infancia hasta la vejez. Este amor se manifiesta de diferentes formas, a través del amor maternal, paternal, filial, conyugal y fraternal.

El amor fraternal en la iglesia debe ser el principal signo de la realidad de la fe en Jesucristo.

Por desgracia, no siempre es así... Hay muchas razones para los fracasos. Es fácil decir: quiero a mi hermano, quiero a mi hermana... pero cuando surgen desacuerdos, el amor fraternal se empaña rápidamente.

A causa de las debilidades humanas, no es de extrañar las numerosas exhortaciones dirigidas a los cristianos por los apóstoles para estimular la práctica del amor fraterno. El apóstol Pedro les dice: "Lléname de amor fraternal". (1 Pedro 3:8)

Si el amor fraterno se viviera realmente en su plenitud, el apóstol no habría encontrado útil insistir en la necesidad de estar lleno de él para caracterizar las relaciones entre los cristianos de las iglesias a las que dirige su epístola.

El amor fraternal debe ser, en principio, recíproco. Cada miembro está llamado a comportarse de la misma manera con el otro. Debemos admitir que esta reciprocidad no siempre existe. A veces nos decepciona la ingratitud, la incomprensión. El propio apóstol Pablo dice: "Aunque os ame más, puedo ser amado menos por vosotros. (2 Corintios 12:15)

En principio, estamos dispuestos a amar a los que nos aman. "También los gentiles", dijo Jesús. En su Sermón de la Montaña enseñó a ir más allá.

"Si sólo saludas a tus hermanos, ¿qué estás haciendo que sea tan especial? ¿No hacen lo mismo los paganos?"

Entonces, Jesús invita a sus discípulos a hacer lo que no se acostumbra a hacer:

"Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo", PERO YO OS DIGO: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os odian y rezad por los que os maltratan y persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; porque él hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos." (Mateo 5:43-47)

Amar a los que no nos gustan, a los que nos son antipáticos, es muy difícil; amar a los que nos son hostiles y nos hacen daño es casi imposible.

Si Cristo nos pide que entremos en una dimensión más elevada que nuestro modo habitual de amar al otro, es porque esto es posible para quienes tienen fe en Él.

Apela a nuestra voluntad y se ofrece a ayudarnos si permanecemos en comunión con Él. Esto es lo que Él enseña claramente en el Evangelio de Juan, al principio del capítulo 15:

"Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece unido a la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él da mucho fruto, porque SIN MÍ no podéis hacer NADA".

Y añade: "Como el Padre me ha amado, así os he amado yo. Permanece en mi amor... Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. (Juan 15:9-12) La enseñanza de Cristo a sus discípulos tiene como base esencial el amor fraternal.

Cuando un escriba le preguntó a Jesús mientras caminaba por el templo de Jerusalén: "¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?"

"Este es el primero: Escucha, Israel, que el Señor nuestro Dios es el único Señor, y que amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. La segunda es ésta: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay más mandamiento que éste. (Marcos 12:28-31) El primer mandamiento no va sin el segundo, pues "El que ama a Dios, ama también a su hermano". (1 Juan 4:21)

La aplicación sin fisuras del segundo mandamiento requiere la fuerza de Jesús, ya que él mismo dice: "Sin mí no podéis hacer nada".

La fuerza para amar al prójimo como nos pide Cristo no está en nosotros sino en Él.

En Madrid, en una habitación llena de gitanos, un miedo repentino se apodera de ellos. Han venido a escuchar a uno de los suyos, el joven evangelista Alfredo, que ha llegado desde Barcelona para predicarles el Evangelio. De repente, entra un gitano que una vez mató al padre de Alfredo en una pelea. Un silencio sepulcral se cierne sobre el público. Antes de convertirse en cristiano, Alfredo había declarado que si volvía a Madrid vengaría a su padre y mataría al hombre que lo había asesinado. Ve entrar al asesino. Detiene su sermón para decirle: "Había jurado volver a Madrid con una pistola para matarte, ahora mira lo que tengo en la mano...", y levanta su Biblia en alto. Y añade: "Siéntate y estate tranquilo". Alfredo había obtenido a través de Cristo la fuerza para amar a su enemigo.

La iglesia local debe ser un modelo de amor fraternal. No siempre es así, como los apóstoles constataron tristemente:

"Me temo que cuando llegue no os encontraré como me gustaría encontraros", dijo el apóstol Pablo a los cristianos de Corinto. "Temo encontrar luchas, celos, animosidad, cábalas, murmuraciones, calumnias, orgullo, malestar..." (2 Corintios 12:20)

Esto es sorprendente, y es fácil entender por qué las exhortaciones a practicar el amor fraternal son abundantes en las cartas dirigidas por los apóstoles a las iglesias del primer siglo, que se enumeran a continuación:

"Por amor fraternal estad llenos de afecto los unos por los otros". (Romanos 12:10)

"Tened los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús". (Filipenses 2:5)

"Sentir lo mismo el uno por el otro". (Romanos 12:16)

"Quiera Dios que tengáis los mismos sentimientos los unos hacia los otros". (Romanos 15:5)

"Acogeos, pues, unos a otros como Cristo os ha acogido, para gloria de Dios". (Romanos 15:7)

"Sometiéndonos unos a otros en el temor de Cristo. (Efesios 5:21)

"Sed amables los unos con los otros, tiernos de corazón, perdonándoos los unos a los otros". (Efesios 4:32, Colosenses 3:13)

"Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y así cumplireis la ley de Cristo". (Gálatas 6:2)

"soportándose unos a otros con amor". (Efesios 4:2)

"Rezar unos por otros". (Santiago 5:16)

"Amaos los unos a los otros SIN AMOR, CON TODO EL CORAZÓN, los que habéis sido regenerados. (1 Pedro 1: 22-23)

Puesto que la fe está muerta sin el amor fraternal, ¿no debería todo cristiano, según estas exhortaciones, hacerse estas preguntas?

¿Amo realmente a mis hermanos y hermanas en la iglesia con todo mi corazón? ¿Estoy lleno de afecto por ellos? ¿Tengo los mismos sentimientos por ellos que en Cristo? ¿Los acojo como Cristo me acogió a mí? ¿Soy bueno con ellos? ¿Llevo sus cargas? ¿Los soporto? ¿Rezamos por ellos?

A veces es necesario un autoexamen para saber cuál es nuestro nivel de amor fraternal.

En la sala de máquinas de una gran fábrica, es imposible mirar dentro de la gran caldera para ver cuánta agua contiene. Pero en el lateral de la caldera hay un pequeño tubo de vidrio vertical que sirve de nivel. La altura del agua en el tubo pequeño indica la altura del agua en la caldera grande. Cuando el tubo está medio lleno, está medio lleno; cuando está vacío, está vacío. Indica el nivel, es la prueba. El examen de nuestro amor fraternal nos permite medir el valor de nuestra fe, y la medida de nuestro amor a Dios.

"Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe, poneos a prueba", dice el apóstol Pablo. (2 Corintios 13:5)

Debido a su debilidad humana, los cristianos tienen a veces la tentación de comportarse como paganos. Por eso, los apóstoles consideraron oportuno recordar a los que se han convertido en "nuevas criaturas" por la fe en Cristo (2 Corintios 5:17; Gálatas 6:15), lo que no deben hacer.

He aquí algunas de sus exhortaciones:

"No devuelvas mal por mal, ni insulto por insulto". (1 Pedro 3:9) "No juzguemos más a los demás". (Romanos 14:13)

"No os mintáis los unos a los otros". (Colosenses 3:9)

"Tened cuidado de que nadie dé a otro mal por mal". (1 Tesalonicenses 5:15) "Aborrece el mal". (Romanos 12:9)

"Que nadie conciba el orgullo a favor de uno contra otro". (1 Corintios 4:6) "El amor no daña al prójimo". (Romanos 13:10)

Si, al examinarte, te das cuenta de que tu actitud hacia tus hermanos es contraria al amor fraterno, debes confesarlo al Señor en la intimidad de tu habitación y pedirle perdón.

Si lo haces, debes saber que "el Señor es fiel y justo para perdonarte y limpiarte de toda maldad". (1 Juan 1:9)

Luego pídele que "derrame amor fraternal en tu corazón por su Espíritu" (Romanos 5:5), y díselo: "Señor, enséñame, ayúdame a amar a los demás como tú me has amado".

LA IGLESIA COMO UN CONJUNTO DE HERMANOS Y HERMANAS UNIDOS POR EL AMOR FRATERNAL

La iglesia no es sólo una asamblea, es decir, una agrupación de personas que tienen fe en Dios y en Jesucristo, sino que es una asamblea consolidada y edificada en el amor fraterno, como está escrito en Efesios 4:15-16:

"Para que, profesando la verdad en el amor, crezcamos en todos los aspectos en aquel que es la cabeza, Cristo. De ÉL, y a través de todos los lazos de su asistencia, todo el cuerpo, estando bien coordinado y formando UN SÓLIDO CONJUNTO, obtiene su incremento según la fuerza que corresponde a cada una de sus partes y se edifica en el AMOR".

Esta asamblea está compuesta por cristianos con muchas diferencias. Hay fuertes y débiles, ricos y pobres, culturas y hábitos diversos, caracteres fáciles y difíciles, etc. Sin embargo, todos tienen la misma fe, la misma esperanza, pero no necesariamente la misma estatura espiritual. Sin embargo, todos tienen la misma fe, la misma esperanza, pero no necesariamente la misma estatura espiritual, de ahí la necesidad de establecer siervos de Dios para la perfección espiritual de cada parte de la asamblea. Esto sólo puede hacerse en el AMOR.

Sentirnos amados por nuestros hermanos en Cristo nos ayuda a permanecer y a crecer en la fe y a darnos cuenta de que pertenecemos al mismo cuerpo, a la misma asamblea de Cristo.

Cada cristiano, ya sea recién nacido en la fe o espiritualmente maduro, es una piedra viva unida a todas las demás piedras del edificio. Todos tenemos la responsabilidad de edificarnos mutuamente en amor fraterno para "FORMAR UNA CASA ESPIRITUAL". (1 Pedro 2:5)

Uno de los peligros en la construcción de la iglesia es la división, el aislamiento.

- "Somos un grupo pequeño y es maravilloso lo mucho que nos queremos". Esto lo dicen los cristianos separados de su iglesia por incompatibilidad, por desacuerdo en puntos secundarios y triviales que no tienen nada que ver con la verdad doctrinal bien enseñada por el líder espiritual. Se amaban, pero no amaban a los demás, no los apoyaban.

La asamblea se dislocó por la falta de amor fraternal.

Habiendo comprendido esto, volvieron el uno al otro y renovaron su afecto fraternal mutuo.

A veces no hace falta mucho para hacer temblar el edificio cuando falta el amor fraternal para todos.

La iglesia es un cuerpo. Se compone de "muchos miembros", dice el apóstol Pablo a los corintios a quienes exhorta con estas palabras:

"Que los miembros se cuiden unos a otros; los miembros del cuerpo que parecen más débiles se necesitan; ustedes son sus miembros, CADA UNO POR SU PARTE". (1 Corintios 12:12-27) Cuando los hermanos y hermanas están unidos por las cuerdas del amor fraternal, la iglesia forma un fuerte vínculo. Tengamos cuidado de no cortarlas. Al hacerlo, dañamos el testimonio que debemos dar para glorificar a Cristo que nos dice:

"En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros". (Juan 13:35)

LA LENGUA

Instrumento para construir o destruir el amor fraternal

El Señor habló de la importancia de las PALABRAS como expresión de lo que hay en el corazón. Dijo: "¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre y es arrojado a los lugares secretos? Pero lo que sale de la boca sale del corazón, y eso es lo que contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los asesinatos, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las calumnias... De la abundancia del corazón habla la boca". (Mateo 15:17-20; 12:34)

El corazón es la fuente de la que normalmente sólo deben brotar buenas palabras cuando ha sido regenerado por la gracia divina.

La importancia de la lengua, y por tanto del habla, nos la enseña el apóstol Santiago en el capítulo tercero de su epístola:

"La lengua es un miembro pequeño, y se jacta de grandes cosas. La lengua es un fuego. La lengua se coloca entre nuestros miembros, contaminando todo el cuerpo e inflamando el curso de la vida. Está lleno de veneno mortal. Con ella bendecimos al Señor, nuestro Padre, y con ella maldecimos a los hombres hechos a imagen de Dios. Esto, hermanos míos, no debe ser así. ¿Acaso el manantial hace brotar de la misma abertura agua dulce y agua amarga?"

Hay dos gusanos roedores que destruyen la armonía en una iglesia, llevados por la lengua: son la injuria y la calumnia.

La MEDISANCIA consiste en decir cosas malas del prójimo para perjudicarlo, o simplemente señalar sus defectos para empañar su imagen ante los demás.

En conversaciones que rozan la calumnia, a veces oímos decir: "No estoy juzgando, estoy viendo". Como nos aconseja Jesús, tengamos cuidado de no ver sólo el mal en los demás, sino que miremos también dentro de nosotros mismos.

"¿Por qué ves la paja que está en el ojo de tu hermano y no la viga que está en tu propio ojo? (Mateo 7:3)

Hay un proverbio que dice: "Tu lengua está en un lugar húmedo, ¡ten cuidado de que no resbale!". Así que seamos sabios y pongamos en práctica esta exhortación del apóstol Pedro:

"Ante todo, tengamos UN AMOR ARDENTE ENTRE NOSOTROS, porque el amor cubre multitud de pecados". (1 Pedro 4:8)

La CALUMNIA es una falta muy grave que puede romper una vida, destruir la paz, la alegría y la armonía entre los hermanos. Calumniar es hablar falsamente del prójimo, denunciar hechos o palabras contrarias a la verdad.

Para evitar la difusión de tales mentiras, Jesús y los apóstoles nos advirtieron:

"No recibas ninguna acusación si no es con el testimonio de dos o tres testigos". (1 Timoteo 5:19) "Todo asunto se resolverá por la declaración de dos o tres testigos". (2 Corintios 13:1)

Jesús mismo nos dio el procedimiento a seguir cuando un hermano ha pecado. En lugar de difundir la noticia, nos recomienda llevar al hermano a un lado:

"Si tu hermano ha pecado, ve y repréndelo entre tú y él solo. Si te escucha, has ganado a tu hermano. Pero si no te escucha, lleva a dos personas contigo, para que todo el asunto se resuelva con el testimonio de dos o tres testigos. (Mateo 18: 15-16)

Esta instrucción, aplicada en el marco del amor fraternal, evitaría muchas calumnias y la difusión de noticias falsas.

"Hermanos", dice el apóstol Pablo, "si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, corregidlo con espíritu de mansedumbre". (Gálatas 6:1) ¡No dice que se extienda la culpa!

Las DISPUTAS, cuando surgen, suelen ser fuente de malas palabras, y el autocontrol ayuda a evitar un intercambio de palabras violentas que hieren. Esto es lo que dice el apóstol Pablo: "Ninguna palabra mala salga de tu boca, sino que, si es buena, sea edificante y de gracia para los que la escuchan." (Efesios 4:29)

Un día, un gitano cristiano, insultado por otro gitano incrédulo, siente el deseo de responder maliciosamente. El incrédulo acaba de lanzarle la palabra más insultante de su pueblo: "¡Comete a tus muertos!".

Dominando su sed de más palabras hirientes, el cristiano se dice a sí mismo, sabiendo que es imposible: "Señor, dame cinco minutos de permiso para vengarme.

Siendo un verdadero discípulo, obviamente no obtuvo permiso sino para responder con amor y gentileza a su enemigo.

Cuando el amor fraternal que viene de Dios es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5), no puede haber contienda.

A veces las tormentas llegan de forma inesperada. Alguien te juzga mal, te insulta, y ahí estás tú, dispuesto a responder al malo con palabras duras cuando es posible explicarte con dulzura. Por eso es necesario estar ENRAIZADO EN EL AMOR DE HERMANOS, como está escrito en Efesios 3:17. El amor fraternal inquebrantable debe ser en nosotros como un manantial inagotable.

En Estados Unidos, en la parte trasera de un tranvía, después del trabajo, los trabajadores se amontonan. Uno de ellos pisa sin querer el pie de un conocido y antaño muy desagradable boxeador negro. Todo el mundo espera que reaccione violentamente. No pasa nada y alguien dice: "No le pegas...". Y el boxeador, ahora cristiano, responde: "Cómo podría, ya que ahora Cristo vive en mí".

El espíritu de contienda no debe estar en una iglesia, porque el apóstol Santiago dice (3:16), "donde hay celo amargo y espíritu de contienda, hay desorden y toda clase de malas acciones."

Dos hermanos habían vivido juntos durante mucho tiempo sin que nada les irritara el uno contra el otro. Un día, uno de ellos le dijo al otro: "¡Intentemos reñir como hacen los demás hombres!

– Pero no sé cómo podemos discutir -dijo el más joven-

– Toma -dijo el anciano-, voy a poner esta jarra aquí. Yo digo que es mío. Tú respondes que es tuyo, y ahí está la disputa.

Así que pusieron la jarra sobre la mesa en el centro de la habitación y uno empezó y le dijo al otro:

– "¡Este objeto es mío!

– Creo que es mío", dijo el otro.

Y su hermano, inmediatamente conmovido en su corazón, respondió:

"¡Pues sí, es tuyo, puedes tenerlo!"

De este modo, los hermanos se separaron sin haber conseguido reñir.

Recuerdo un incidente en una iglesia que pastoreaba en ese momento. Hay cristianos que tienen la costumbre de sentarse delante o detrás de la sala de reuniones. Había una mujer cristiana a la que le gustaba sentarse delante y siempre en la misma silla. Un domingo por la mañana, otro

El cristiano, ignorante de este hecho, llegó antes que la hermana y se sentó en su lugar. Cuando la mujer cristiana con la silla asignada se dirigió a su silla, exclamó en voz alta e indignada: "Has cogido mi silla

!" Esto podría haberse convertido en una discusión si el otro no se hubiera disculpado amablemente, mientras iba a sentarse a una fila de distancia.

A veces se necesita tan poco para romper el vínculo del amor fraternal e intercambiar palabras feas. Así que mantengamos nuestros ojos en Jesús en todo momento.

"Nos ha dejado un ejemplo, para que sigamos sus pasos, que cuando fue injuriado no lo hizo..." (1 Pedro 2:21-23)

"Camina en el amor a ejemplo de Cristo que nos amó". (Efesios 5:2)

No siempre se sigue el ejemplo del Señor Jesús y a veces el amor está velado por la HIPOCRESÍA, como en este caso:

Tres hermanas pasan la tarde juntas en casa de una de ellas. Hablan de sus impresiones sobre algunas de las hermanas de la iglesia y señalan sus defectos, luego rezan y toman una taza de café con algunas galletas. Están convencidas de que practican un amor fraternal perfecto. De repente, ven que otra hermana se acerca a la casa por la ventana. - Ah, ¡qué barba!", dijo una, haciendo comentarios despectivos sobre ella y pasándole el dorso de la mano por la mejilla. - "¡Oh, que no me gusta!", dice otro.

Cada una de ellas está encantada de hablar de su propia calumnia. La puerta se abre. El no amado entra. Inmediatamente, qué alegres y bulliciosas exclamaciones:

- "¡Bienvenido! Nos alegramos de tenerle aquí. ¿Qué buen viento te trae?" Este doble discurso oculta una bancarrota espiritual que no nos atrevemos a admitir. Amar sin hipocresía es a veces difícil, de ahí la exhortación: "El amor fraternal sea sin hipocresía". (Romanos 12:9) Muchos juicios, críticas, no tienen la fragancia del amor fraternal y causan heridas y lágrimas en las personas sensibles.

Al día siguiente, tras una larga ausencia, algunos cristianos reciben la visita de hermanos en Cristo.

Se intercambian buenas palabras y, durante la conversación, una de las hermanas pasa discretamente el dedo por un mueble y levanta algo de polvo. A primera vista, no es un asunto grave, pero entonces se corre la voz de que la hermana X no mantiene bien su casa, sus muebles están cubiertos de polvo.

En lugar de difundir tales palabras, ¿no habría sido fraternal proponerle a la que acababa de regresar de un viaje: "Debes estar cansada, hermana, si quieres, te ayudaré a hacer las tareas de la casa!"

Este tipo de críticas no son infrecuentes, de ahí la importancia de esta recomendación: "No habléis mal unos de otros, hermanos. (Santiago 4:11) Recordemos también este versículo bíblico: "Si alguno quiere ver días buenos, que guarde su lengua del mal". (1 Pedro 3:10)

EL PERDÓN

Hay algunas historias muy hermosas en la Biblia sobre el perdón y la reconciliación entre hermanos. Esaú había odiado a su hermano Jacob, al que había cedido su primogenitura a cambio de un plato de sopa de lentejas. Cuando Jacob se enteró de que su hermano quería matarlo, huyó a su tío Labán más allá del Éufrates. Veinte años después, regresó a la tierra de su padre Abraham, con sus dos mujeres, sus dos criadas, sus once hijos y muchos rebaños de cabras, ovejas, bueyes, camellos, asnos y vacas. Envió mensajeros a Esaú, su hermano, para avisarle de su llegada. Esaú vino a él con cuatrocientos hombres. Jacob estaba asustado y temía la venganza, por lo que se inclinó hacia el suelo siete veces hasta estar cerca de su hermano. Esaú corrió a su encuentro. Se echó al cuello y le besó, y lloraron. (Génesis 33)

Más tarde, José, uno de los hijos de Jacob, es envidiado por sus hermanos, que lo arrojan a una cisterna y luego lo venden a comerciantes ismaelitas, descendientes de Abraham y de Agar, su sierva egipcia.

Llevado a Egipto, José experimenta la esclavitud y la prisión. Luego es resucitado milagrosamente por

Faraón como Primer Ministro y a cargo de todo el país de Egipto. Su fe en Dios permanece intacta. Gobierna el país sabiamente según los sueños divinos. Durante un período de hambruna, sus hermanos vinieron a comprar el trigo que José había almacenado en silos durante los tiempos de abundancia. José los reconoce, los pone a prueba y luego se revela ante ellos, diciendo: "Yo soy José, vuestro hermano, al que vendisteis para ser llevado a Egipto. Ahora no os aflijáis por haberme vendido para que me trajeran aquí, pues fue para salvar vuestras vidas que Dios me envió ante vosotros". Entonces José abrazó a todos sus hermanos, llorando. (Génesis 45)

Estas conmovedoras historias de perdón y reconciliación son demostraciones de amor fraternal. El mejor ejemplo de perdón nos lo da Jesús. Una de las palabras que pronunció en la cruz a sus verdugos fue una oración de amor: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). (Lucas 23:34)

El perdón de todas nuestras faltas, de todas nuestras ofensas a Dios, de todos nuestros pecados, se nos concede en Cristo. "Dios nos ha perdonado EN CRISTO". (Efesios 4:32)

No está escrito: Dios nos perdonará. Su perdón no se proyecta hacia el futuro. Los que creen en Cristo lo reciben aquí y ahora. Para ello fue necesario que Cristo derramara su sangre en la cruz porque: "Sin el derramamiento de sangre no hay perdón. (Hebreos 9:22)

Un día, un fariseo invitó a Jesús a comer en su casa. Cuando Jesús se sentó a comer, se le acercó una mujer de mala reputación y se puso a sus pies. Los mojó con sus lágrimas de arrepentimiento y los enjugó con sus cabellos, luego los ungió con perfume de un frasco de alabastro. El fariseo observó la escena y quedó muy sorprendido. Se dijo a sí mismo: "Si este hombre fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer le toca; sabría que es una pecadora".

La juzgó y la condenó. Según él, no tenía derecho a acercarse a Jesús.

Pero Jesús le dijo a la mujer: "Tus pecados te son perdonados. Entonces los que estaban en la mesa con él empezaron a decirse: "¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados?"

Al fariseo que lo había acogido en su mesa, Jesús le dijo: "Sus muchos pecados han sido perdonados, porque ha amado mucho. Pero el que es perdonado poco, ama poco". (Lucas 7:36-50)

Sabemos que Pedro negó a su Maestro tres veces. Cuando el gallo cantó la tercera negación, el Señor se volvió y miró a Pedro, que estaba sentado junto al fuego en medio del patio de la casa del sumo sacerdote. Esta mirada molestó a Pedro, que inmediatamente salió y lloró amargamente. (Lucas 22:61-62) Más tarde, Jesús se mostró a sus discípulos por tercera vez después de su resurrección, esta vez en la orilla del lago de Galilea. En la orilla había preparado para sus discípulos, que habían regresado de la pesca milagrosa, un poco de pescado asado y pan. Después de comer, Jesús le preguntó tres veces a Simón Pedro: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? (Juan 21:15-17) Jesús podría haberle dicho: "Pedro, retírate, vete, te excluyo de mi presencia, no eres digno de servirme, eres un renegado", pero simplemente le pide que le ame.

"También nosotros amamos a Jesús porque él nos amó primero", como nos recuerda el apóstol Juan. (1 Juan 4:19)

Esta actitud misericordiosa de Cristo hacia todos los que acuden a Él en busca de la gracia del perdón se expresa en las hermosas palabras que pronunció: "No echaré al que venga a mí". Siempre acoge al pecador arrepentido y no lo condena. He aquí otro ejemplo: Mientras estaba ante el templo de Jerusalén, algunos líderes religiosos trajeron ante él a una mujer sorprendida en adulterio, y la colocaron en medio de la gente que se había reunido para ver lo que sucedería. Según las leyes morales de Moisés, tanto la mujer como el hombre debían morir apedreados (Levítico 20:10), pero sólo la mujer fue llevada para ser apedreada. Acosado por las preguntas de los religiosos: "Moisés dijo... ¿Tú qué dices?", Jesús no respondió a sus preguntas, sino que les dijo: "El que esté libre de pecado entre vosotros que tire la piedra contra ella primero." Inclínándose, comenzó a escribir con el dedo en el suelo. Cuando se levantó, sólo quedaba la mujer. Todos ellos, acusados en su conciencia, se habían retirado, pues "Todos los hombres han pecado" (Romanos 5:12); Jesucristo, el único sin pecado, podría haber tomado la piedra, pero le dijo a la mujer: "No te condeno; vete y no peques más". (Juan 8:1-11)

Lo dice porque "tiene el poder de PERDONAR LOS PECADOS". (Mateo 9:6) ¿Acaso no está escrito: "Todo el que cree en Él recibe por su nombre LA PERDIDA DE LOS PECADOS". (Hechos 10:43 y 26:18) Escribiendo a los cristianos de la ciudad de Colosas, el apóstol Pablo les dijo: "Cristo os perdonó... así que perdonaos a vosotros mismos". (Colosenses 3:13)

Para los que creen en Jesús, el perdón ha sido concedido y ahora es su deber conceder el perdón a los que les han ofendido.

Perdonar por el pecado es bastante fácil, pero cuando se nos acusa falsamente, se nos calumnia, se nos insulta, se nos persigue, se nos golpea, se requiere estar llenos del amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo para lograr la reconciliación. (Romanos 5:5)

La aplicación del perdón nos la pide el mismo Jesús:

"Cuando estéis orando, si tenéis algo contra alguien, PERDONAD, para que vuestro Padre que está en el cielo os perdone también vuestras ofensas. (Marcos 11:25)

Habiendo sido perdonados por Cristo, que ha tenido misericordia de nosotros en todas nuestras ofensas (Colosenses 2:13), sólo podemos imitar su ejemplo si pretendemos ser sus discípulos.

Recuerdo una conmovedora escena de reconciliación entre dos hombres en una convención de gitanos en el este de Francia. Una vez, durante una pelea, un gitano fue golpeado violentamente por un coloso de 120 kg. La víctima se convirtió a Cristo, luego el culpable. Ambos acudieron a la reunión. Al llegar al campamento, el behemoth se dirigió hacia el que había golpeado. Su víctima ya había llegado con su caravana. Poco a poco se fueron acercando, cada uno preguntándose si el otro se había convertido realmente en un hijo de Dios. Alrededor de cincuenta hombres se habían reunido rápidamente a su alrededor, dispuestos a intervenir para separarlos si la pelea comenzaba de nuevo. De repente, cuando los dos antiguos enemigos estuvieron cerca el uno del otro, se abrazaron y lloraron como niños. El amor fraternal había sustituido la malicia y el odio por el perdón y la reconciliación, porque estos hombres se habían convertido en hermanos por la fe en Jesucristo. Tenían la capacidad de amar con el amor que Dios había derramado en sus corazones a través del Espíritu Santo.

Este no es un caso único, pero a veces nuestro perdón está ligado a restricciones como éstas:

Te perdono, pero no quiero volver a verte...

Te perdono, pero nunca olvidaré... Te

perdono, pero no vuelvas a hacerlo...

Cristo pidió a sus discípulos que concedieran el perdón total, sin más condiciones que el arrepentimiento: "Si tu hermano ha pecado, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. (Lucas 17:3)

Le da la vuelta a los datos humanos para dejar clara la dimensión ilimitada del perdón con estas palabras: "Y si ha pecado contra ti siete veces en un día, y siete veces vuelve a ti diciendo: "Me arrepiento", le perdonarás. (Lucas 17:4)

Al apóstol Pedro, que le preguntó: "¿Cuántas veces he de perdonar a mi hermano cuando peca contra mí? ¿Será hasta siete veces?" Jesús respondió: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete". Luego contó una parábola con esta importantísima conclusión de que cada uno debe perdonar a su hermano CON TODO SU CORAZÓN. (Mateo 18:21-35)

Si cada miembro de la iglesia pone en práctica lo que dice Jesús, y perdona a su hermano o hermana de todo corazón, se convierte en una bendición para sí mismo y para los demás.

"Sed amables los unos con los otros, tiernos de corazón, PERDONÁNDOSE los unos a los otros, como Dios os perdonó en Cristo. (Efesios 4:32; Colosenses 3:13)

LA LEY Y EL AMOR FRATERNAL

Está escrito: "El pecado es la transgresión de la ley". (1 Juan 3:4) Puesto que "todos los hombres han pecado" (Romanos 3:23), ¡todos han transgredido la ley!

¿Pero qué ley es? ¿Qué es la ley?

Según la enseñanza de Jesús en el Evangelio de Mateo (22:40), toda LA LEY y los profetas dependen de estos dos mandamientos:

"Amarás al Señor tu Dios y amarás a tu prójimo. Amar a Dios y al prójimo es la LEY DIVINA.

Esto es también lo que explica el apóstol Pablo en su carta a los romanos:

"El que ama a los demás ha cumplido la ley. Porque los mandamientos: No cometerás adulterio, No matarás, No robarás, No codiciarás, y otros más, se resumen en esta frase: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace daño al prójimo; por eso el amor es el cumplimiento de la ley". (Romanos 13: 8-10)

E incluso especifica en su epístola a los Gálatas que "TODA LA LEY SE CUMPLE en una sola palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo". (Gálatas 5:14)

Es fácil entender que, si cumplir la ley es AMAR, la transgresión es NO AMAR.

Esto demuestra que a los ojos de Dios, lo más grande es el AMOR DE HERMANOS.

Nuestro deber es buscarlo, pues sin este amor no somos nada. (1 Corintios 13:2-13; 14:1)

La ley del amor debe distinguirse de las leyes ceremoniales y religiosas, como la circuncisión, la observancia del sábado, etc., practicadas por los judíos según consta en el Antiguo Testamento.

Por otro lado, hay NORMAS DE CONDUCTA que son necesarias para ayudar a poner en práctica el amor fraternal y evitar herir a nuestros hermanos. El apóstol Pablo era consciente de ello y escribió a los cristianos de Roma:

"Cuídate de que tu libertad no se convierta en una piedra de tropiezo para los débiles... Si algún alimento (la carne sacrificada a los ídolos de esta época) ofende a mi hermano, no comeré carne". (1 Corintios 8: 9-13)

Incluso dijo que afligir a un hermano por una cuestión de comida es una falta de amor fraternal. (1 Romanos 14:15)

Hay prácticas que hay que hacer o evitar, según el país y la comunidad, para no escandalizar a los hermanos.

Así, en Inglaterra, Estados Unidos y los países anglosajones, beber un vaso de vino o cerveza es una infracción grave. Están sorprendidos por ello. En Calabria, en el sur de Italia, los hermanos no llevan corbata porque para ellos es un signo de mundanidad. En la India, es costumbre dejar los zapatos a la entrada de la iglesia, probablemente en relación con el hecho de que Dios pidió a Moisés que se quitara los zapatos ante la zarza ardiente en el desierto.

Habiendo viajado a cuarenta y cuatro naciones y habiendo visto muchas costumbres diferentes en las iglesias, las respeté siempre que no alteraran las verdades doctrinales fundamentales de la Biblia.

La observancia de estas normas es una muestra de amor hacia aquellos cuya inobservancia les escandalizaría.

Sin embargo, la ley de Dios no se compone de preceptos basados en las ordenanzas y doctrinas de los hombres (Colosenses 3:20-24). Se resume en una palabra: AMOR. Este amor concierne tanto a Dios como al prójimo, como nos recuerda el apóstol Juan: "Si alguien dice: "Yo amo a Dios", y no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve? Y tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, que ame también a su hermano. (1 Juan 4: 20-21)

**No amemos de palabra y con la lengua,
sino con la acción y con la verdad.**

(1 Juan 3:18)

AMOR, FRUTO DEL ESPÍRITU

Desde el momento de la conversión, el Espíritu Santo obra en nosotros una transformación interior, un nacimiento a una vida nueva animada por el amor a Dios y al prójimo. El fuego de este primer amor (Apocalipsis 2:4), que nunca debe extinguirse, es presentado por la Biblia como "EL FRUTO DEL ESPÍRITU".

Para aclarar esto, el apóstol Pablo enfatizó el contraste entre la naturaleza pecaminosa que él llamó la carne, y la nueva forma de vida que el Espíritu Santo produce en aquellos que creen en Jesús. Hay un conflicto, dice, entre la carne y el Espíritu, pero añade que los que pertenecen a Jesucristo han crucificado la carne, es decir, ya no practican "las obras de la carne", cuya lista se da en Gálatas (5:19-21). He aquí algunas de ellas: "Las obras de la carne son la enemistad, la contienda, los celos, la animosidad, el pleito, etc..." Estas son formas de pecado, transgresiones de la ley de Dios de amar. Para no practicarlos, el apóstol Pablo nos invita a "CAMINAR EN EL ESPÍRITU" (Gálatas 5:16). Caminar y vivir por el Espíritu se caracteriza por un fruto: EL FRUTO DEL ESPÍRITU. "El fruto del Espíritu es AMOR, alegría, paz, paciencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5:22). Esta fruta puede compararse con un racimo de uvas o un diamante con nueve facetas. En 1 Corintios 13, el amor fraternal se presenta en dos aspectos:

AMOR

Lo que es	Lo que no es
Lo que hace	Lo que no hace
Es paciente	No es envidioso
Está lleno de bondad	No se jacta
	está hinchado de orgullo
hace nada deshonesto	Nunca perece
	No
propio	Todo lo excusa
	No busca su interés
	Todo lo cree
	No se irrita
Lo espera todo	No sospecha del mal
Lo soporta todo	No se alegra de la injusticia

¿Se ajusta nuestro amor fraternal a esta descripción? Si podemos responder que sí, es porque realmente estamos caminando según el Espíritu. Dios nos ve y sabe si estamos aplicando la enseñanza de su Palabra.

Se dice que una vez un joven se dirigió a uno de los comerciantes más ricos de Nueva York y le pidió un trabajo. Se le pidió que volviera al día siguiente. Por la tarde, paseando por Broadway, vio a una pobre anciana, vendedora de manzanas, que acababa de ser atropellada con su cesta por un ómnibus. Corrió hacia ella, la ayudó a levantarse, recogió las manzanas, las puso de nuevo en la cesta y siguió caminando. Al día siguiente volvió a la casa del comerciante y fue aceptado inmediatamente como trabajador. Poco después, se enteró de que el jefe le había visto cuando realizaba este acto de bondad. Impresionado favorablemente, le había dado el lugar que otros veinte habían pedido.

Dios también ve nuestros actos de bondad y también ve lo que llamamos nuestros "fallos".

Dios nos ve, pero no debemos olvidar que quienes nos rodean nos observan y disciernen la realidad de nuestro amor fraterno, como confirman los siguientes textos:

"Timoteo nos ha dado la buena noticia de tu fe y de tu amor fraternal" (1 Tesalonicenses 3:6)
"Epafras nos ha enseñado de qué AMOR FRATERNAL os mueve el Espíritu". (Colosenses 1:8)
"En cuanto al AMOR DE HERMANOS, vosotros mismos habéis aprendido de Dios a AMAROS los unos a los otros, y así lo hacéis con todos los hermanos... Pero os exhortamos, hermanos, a ABUNDAR EN ESTE AMOR". (1 Tesalonicenses 4:9-10)

Seamos objeto de buenas noticias sobre el fruto del Espíritu, pues esto es lo esencial en el testimonio:
"Sobre todo, vístete de amor, que es el vínculo de la perfección". (Colosenses 3:14)

LA ALEGRÍA DEL AMOR

Ser amado por los demás no es suficiente para ser feliz porque "hay más felicidad en dar que en recibir", dijo Jesús. (Hechos 20:35)

Amar aporta una felicidad que se traduce en una paz interior y una satisfacción de ser agradable a Dios.

Seamos sembradores de amor fraterno, "haciendo el bien para cosechar a su tiempo". (Gálatas 6: 7-9)

El ministro inglés Wesley dijo:

"Haz todo el bien que puedas, por
todos los medios que puedas, en
todos los lugares que puedas y
siempre que puedas".

"El que sabe hacer el bien y no lo hace, comete un pecado", dice el apóstol Santiago en su epístola. (4:17) De este modo, transgrede la ley del amor.

Por otra parte, la felicidad de amar reside en el deseo de hacer a los demás lo que nos gustaría que los demás hicieran por nosotros, pues esto es la ley y los profetas, dice Jesús. (Mateo 7:12)

Esta felicidad puede llegar hasta el sacrificio. En efecto, "No hay mayor amor que dar la vida por los amigos". (Juan 15:13)

Sin ir tan lejos, se dice: "Éste daría hasta su camisa".

Algunas personas realizan a veces actos muy hermosos de generosidad, de bondad, pero debemos tener cuidado de no caer en el desequilibrio de privarnos, de ir más allá de nuestras posibilidades, hasta el punto de ser ayudados a su vez. (2 Corintios 8:13)

La justicia que resulta del amor fraterno debe ser practicada sabiamente dentro de la Iglesia.

Para que la felicidad de vivir con los hermanos en el amor fraterno no se vea empañada y sea duradera, no debe quedar en el corazón ni la más mínima raíz de maldad. Para que las buenas semillas, las hortalizas y las flores crezcan sin ser ahogadas, hay que arrancar las malas hierbas nocivas del jardín. Asimismo, si hay disposiciones o actitudes contrarias al amor fraterno, hay que eliminarlas.

He aquí algunas recomendaciones de Pablo (en Efesios 4:31): "Que desaparezca de entre vosotros toda amargura". Nos carcome el corazón y nos hace mala sangre.

"Toda la animosidad". Es una tensión interna que provoca discusiones.

"Toda la ira". Enfadarse, y a veces por poco, da acceso al diablo y rompe el amor fraternal.

"Todo un clamor". Culpar gritando, refunfuñando todo el día, crea un clima tenso propicio para la discusión.

"Todo son calumnias". Decir cosas falsas sobre los demás, hiere y destruye la armonía fraternal.

"Toda clase de maldad". No sólo golpear con los puños sino también con la lengua.

El apóstol utiliza la palabra "TODO" cada vez porque el amor fraternal no puede coexistir normalmente con todo lo que es malo. Debe ser sincera (1 Pedro 1:22) e inmutable (Efesios 6:24).

Quando era un joven pastor de veinte años, había un vagabundo en la iglesia que se había convertido. Era pobre pero estaba bien vestido y participaba en la vida de la iglesia.

Solía dar la mano a los miembros de la iglesia al final del servicio. Una vez, mi madre me llamó y me preguntó: "¿Saludaste al hermano de allá?"

"¡Sí, mamá, lo hice!", dije. Se aseguró de que los pobres y los ricos fueran tratados con fraternidad, igualdad y sinceridad.

Ella tenía razón porque el amor fraternal nunca debe hacer ninguna distinción, ninguna preferencia.

Una leyenda judía cuenta que el profeta Elías se presentó una vez ante la puerta de un hombre rico que vivía en una casa muy hermosa y lujosa. Vestido con harapos, pidió hospitalidad. El rico lo despidió maldiciendo e insultando.

Unos días más tarde, Elías apareció de nuevo en la puerta de la gran y suntuosa villa, vestido con espléndidas y brillantes ropas. El hombre rico no reconoció al mendigo y lo dejó entrar con grandes honores, invitándolo a sentarse a comer. Le ofreció una copa de su mejor vino. Elías tomó la copa y derramó el contenido sobre sus ropas, fingiendo torpeza: una segunda vez, luego una tercera, la copa se llenó de nuevo y se derramó sobre las finas ropas. Al consternado hombre rico, Elías le dijo: "Ayer vine vestido con harapos y me rechazaste. Hoy he venido ricamente y me habéis acogido. En realidad, no me recibiste a mí, sino a mi ropa. Así que es natural que el vino que me diste sea para ellos. Entonces Elías desapareció.

La lección es que el amor fraternal no es una cuestión de apariencia.

La felicidad del amor no consiste en amar sólo a quien nos agrada.

Amar al otro es también ser tolerante, aceptarlo como es, lo que no significa tolerar el pecado, los errores, las faltas, sino ser respetuoso con el otro, comprenderlo, ayudarlo si es necesario y rezar por él.

Quando cada cristiano pone en práctica el mandamiento de amar a su hermano en la medida del amor que Cristo nos tiene, la iglesia florece en paz y alegría. Forma un oasis de felicidad, como en los días de la primera iglesia de Jerusalén, donde la multitud de los creyentes era un solo corazón y una sola alma. (Hechos 4:32)

EL AMOR NUNCA PERECE.

(1 Corintios 13:8)

ÍNDICE DE CONTENIDOS

El nacimiento del amor fraternal en la iglesia

primitiva... El verdadero valor de la palabra "amor"...

La fuente del amor fraternal...

La fe y el amor fraternal... El

amor fraternal en la iglesia...

La iglesia, un conjunto de hermanos y hermanas. Unidos por el amor fraternal...

La lengua, instrumento de edificación o de destrucción del amor fraternal...

El perdón...

La ley y el amor fraternal...

El amor, fruto del

Espíritu... La alegría de

amar...

